



***Misión compartida:
una esperanza y un desafío para la evangelización***

Elías Royón, sj
4 marzo 2017.
IV Jornada de Misión Compartida

1. *De dónde venimos*: un proceso eclesial para la evangelización
Hacer memoria de las Jornadas anteriores.
2. *Objetivos de esta Jornada*
Ayudar y animar procesos de “misión compartida”
Recorremos un itinerario común en tres etapas:
Con-vocados por la Iglesia para la misión.
Necesitando formación conjunta
Para una vida compartida que alberga éxitos y dificultades.
3. *La “misión compartida” un proceso de discernimiento*
Situación actual de las Instituciones
Necesarias para la evangelización
Necesitadas de una renovación
Conservando sus peculiaridades evangelizadoras y carismáticas
El discernimiento ayuda para la renovación
4. *La “misión compartida” un proceso evangelizador.*
La vocación: raíz de la misión compartida.
Llamados y enviados “juntos”
Con qué especificidad
La misión de la Iglesia: horizonte de la misión “compartida”
Una historia no lineal y un impulso del Espíritu.
5. *La “misión compartida” un procesos de comunión eclesial.*
La misión se despliega en comunión.
En una Iglesia de comunión

Comunión no es uniformidad
La comunión un encuentro con el “otro”
Una comunión misionera.
La misión compartida ensancha las relaciones en la comunión.

6. *Conclusión.*

Misión compartida
Una esperanza y un desafío para la evangelización.
IV Jornada de Misión Compartida

Elías Royón, sj
4 marzo 2017.

*NB. Este texto no está destinado a la publicación.
Faltan notas, referencias etc. que su autor no ha elaborado.*

Introducción

De dónde venimos

El 22 de marzo del 2014, en este mismo salón nos reuníamos más de un millar de laicos y religiosos en el I Encuentro de “laicos en misión compartida.” Desde entonces hemos recorrido un camino que será bueno recordar.

En aquel primer encuentro pretendíamos concienciar y visibilizar la *dimensión eclesial* del laicado que comparte la espiritualidad y la tarea evangelizadora de la vida consagrada. Unos laicos/as que en la vida profesional realizan su vocación cristiana compartiendo carisma y espiritualidad con diversas familias religiosas. Presentábamos *quiénes somos y qué hacemos*,

Recordemos que la iniciativa había surgido en CONFER al caer en la cuenta de que quizás el aspecto de la *eclesialidad* de estos grupos era poco visible; son Iglesia y se sienten como tal, pero era necesario visibilizarlo. Es cierto que en su mayoría, no pertenecen a movimientos, ni a otro tipo de organizaciones, ni están encuadrados en estructuras diocesanas; pero eso no debe interpretarse como si no formaran parte substantiva de la Iglesia y de las iglesias particulares, como la vida religiosa misma.

El éxito de participación y el interés mostrado en el **Encuentro**, nos llevó al Equipo Coordinador a organizar una segunda Jornada el 14 de marzo 2015. Creíamos responder a las expectativas que existían si abríamos un camino de reflexión común sobre ámbitos importantes de la “misión compartida,” con el fin de ayudarnos todos a vivirla con la mayor profundidad posible y a buscar, desde las diversas experiencias, respuestas a los interrogantes que emergen de las realidades que vivimos tanto laicos como religiosos.

El deseo de armonizar continuidad y novedad nos llevó a formular los *objetivos* de una nueva edición. Nos proponíamos, pues, **reflexionar, evaluar y proyectar** sobre tres temas de singular relevancia: “**misión**”, “**compartida**”, “**futuro**.” Si en el primer encuentro deseábamos visibilizar y celebrar la dimensión eclesial de la “misión compartida”, en este segundo nos centramos en la experiencia que vivimos en el día a día, con objeto de proyectar el futuro que el Señor nos pide en este momento eclesial.

El interés acompañó también esta segunda Jornada que se vio desbordada por el número de participantes, y de nuevo se nos pidió y animó a organizar un *tercer encuentro* que tuvo lugar el 5 de marzo del año pasado. Deseábamos seguir reflexionando sobre lo que “somos” en la Iglesia. De ahí que la Jornada se abría con una ponencia que pretendía profundizar teológicamente sobre la vocación laical en la Iglesia. *¿Qué laicado para qué misión compartida?* y a la vez responder a algunas preguntas que necesitan cierta clarificación: ¿Tiene una especificidad peculiar en la Iglesia la vocación de los laicos comprometidos en la “misión compartida.”? ¿Se puede hablar de un significado particular por realizar su misión desde el compartir el carisma y la espiritualidad de las familias religiosas? Desde la constatación de la vocación como fuente para la misión, avanzamos en la consideración sobre el carisma, la espiritualidad y la misión como un todo, cuyos actores son los agentes apostólicos de la misión compartida: laicos y religiosos/as; pero no separadamente sino como un “nosotros” con un sentido inédito, cuidando, al compartir los mismos carismas y la misma espiritualidad, de no proyectar en cada grupo una nueva identidad, sustituyendo o disolviendo la anterior, sino enriqueciendo su especificidad propia, la laical y la de especial consagración; así creíamos se fundaba armónicamente el sentido y la realidad de la misión compartida. Y se añadía una especial insistencia en la necesidad de la formación que permite profundizar en el principio de “compartir espiritualidad y carisma para compartir misión.”

Objetivo de la presente Jornada

En mayo pasado el Equipo Coordinador se reunía dos veces para evaluar y proyectar. Reconocíamos el camino recorrido en los últimos tres años que acabo de resumir, y se constataba, con un especial agradecimiento al Señor, que este camino había dado sus frutos: se ha despertado el interés por la “misión compartida” y se ha tomado conciencia de su necesidad, habiendo ofrecido ocasión de reflexionar a no pocas Congregaciones...

Y pensando en el futuro, nos preguntamos ¿cómo podríamos continuar este camino? ¿Cuáles son las necesidades que tienen las Congregaciones? Se ve claro que hay Congregaciones que caminan ya con “velocidad de crucero” y Congregaciones que inician procesos, y lógicamente tienen miedos, recelos, dificultades, desconocimiento...Después de una atenta reflexión, nos pareció que era prioritario, en este momento, “ayudar,” atender estas necesidades, responder a estas inquietudes.

En consecuencia, se decidía organizar una nueva Jornada para este día, 4 marzo 2017, con un formato apto para responder a las cuestiones que las familias carismáticas se plantean; una Jornada, pues, que **ayude y anime a mas Congregaciones a sumarse a este proceso eclesial de “misión compartida.”**

En la anterior Jornada ya se habían sugerido algunos temas que interesaban especialmente. Pero consideramos que deberíamos preguntar a los Superiores Mayores o a sus Delegados, sobre qué aspectos de los procesos de implantación y desarrollo de la “misión compartida” quisieran tener más claridad, y sobre ellos articular la Jornada. La respuesta fue abundante y alentadora, y

quisiéramos agradecerla en este momento. Y aquí estamos de nuevo, después de seis meses de intenso y gozoso trabajo, para presentaros esta nueva Jornada de “misión compartida”, renovando la convicción de que *“juntos somos más.”*

Hemos restringido a trescientas las inscripciones para que fuera posible emplear una metodología que facilitara la participación y que respondiese así a los objetivos propuestos. Tenemos que pedir excusas a las familias carismáticas que no han podido participar porque sus inscripciones llegaron con retraso. Para cumplir los objetivos vimos que era necesaria la presencia de Congregaciones que ya llevan un recorrido de más de cinco o diez años para que pudieran enriquecer con sus propias experiencias el desarrollo de la Jornada; agradecemos la respuesta que ha satisfecho nuestras expectativas. Así en la formación de los grupos se ha tenido en cuenta no solo la presencia proporcionada de laicos/as y religiosos/as, sino también la diversidad de congregaciones según sus experiencias en misión compartida.

Os invitamos esta mañana a poneros en marcha para recorrer un camino. Toda la Jornada será precisamente peregrinar, pero no solos sino con otros, hacer un itinerario común en tres etapas: la *misión* a la que nos convoca por el bautismo la Iglesia, conscientes de que necesitamos *formación* para recorrer juntos el camino, *compartiendo vida* que siempre conlleva dificultades y logros.

Misión compartida
Una esperanza y un desafío para la evangelización.

Tratándose de una Jornada que quiere servir para “motivar” procesos nuevos, y “ayudar” a los que están ya caminando, me ha parecido oportuno presentar en esta ponencia unas reflexiones que traten de encuadrar eclesialmente el itinerario de esta Jornada. Algunas de ellas se han escuchado en este salón en ocasiones anteriores, aunque quizás no por todos los que estáis esta mañana; otras es posible que suenen más a novedad. En *primer lugar* nos aproximaremos a la situación actual que vivimos en las Instituciones apostólicas de la vida religiosa, formulando una pregunta esencial de cara al futuro de las mismas: *qué quiere el Señor de ellas* en este hoy de la Iglesia y del mundo. Reflexión que nos llevará a interrogarnos si estamos *buscando* la voluntad de Dios y cómo. En *segundo lugar* trataré de argumentar que la misión compartida como esperanza para la situación presente solo será tal, si tiene como horizonte: evangelizar, si se comprende y desarrolla como un proceso evangelizador. Y *finalmente* intento mostrar que el compartir carisma, espiritualidad y misión se realiza en la *comunidad eclesial*. La misión compartida enriquece esta comunidad eclesial, pero a la vez viene exigida por ella. De aquí el título de estas palabras: *misión compartida: una esperanza y un desafío para la evangelización.*

1. La “misión compartida” un camino de discernimiento.

Situación presente de las Instituciones apostólicas

Todos conocemos y experimentamos la situación en que se encuentran la mayor parte de las Congregaciones Religiosas; tocamos con la mano las dificultades y la pobreza de nuestros recursos humanos. Se impone, pues, la necesidad de buscar alternativas para gestionar las Instituciones; y esto comporta cambios en el modelo organizativo o de gestión de las obras. Pero es necesario admitir que no cualquier alternativa garantiza los objetivos apostólicos de las Obras y por tanto, la misión de la misma Congregación.

La Vida Religiosa cree en las Instituciones como mediaciones para evangelizar. Ha creído siempre en ellas a lo largo de la historia; las ha fundado, las ha promocionado, las ha sostenido. Reconociendo sus fortalezas y debilidades, no podemos negar que ellas son un instrumento que hace la evangelización posible, durable y eficaz; sin olvidar que con frecuencia los mismos Fundadores y Fundadoras fueron sus iniciadores en distintas épocas de la historia.

Las instituciones necesarias para la evangelización.

En nuestro tiempo continúan teniendo un papel imprescindible en la evangelización. En el marco del pluralismo y de la increencia vigente, en que los creyentes tienen la tentación de replegarse, Francisco nos convoca a “salir” fuera; esto es, a que la presencia de Cristo y del Evangelio adquiera transparencia y visibilidad en la cultura y en la sociedad. Rechazar las instituciones, u optar por un trabajo des-institucionalizado, oculto en la masa, puede ser una sutil forma de des-encarnación y huida de la realidad. En nuestro momento cultural no podemos contentarnos con ser sólo sal que actúa enterrada en lo escondido. Será necesario discernir la oportunidad y conocer los diferentes ambientes sociales y culturales para elegir las modalidades del anuncio. Pero ciertamente el sentido carismático de la vida religiosa pide ser luz que ilumina y ayuda a encontrar caminos, y en consecuencia, entrar en diálogo con la sociedad y la cultura actuales. Esta visibilidad y transparencia justifica la existencia de instituciones apostólicas en diversos ámbitos también en nuestro tiempo.

De un modo u otro, las Instituciones y obras de los religiosos están dirigidas a la tarea evangelizadora, de acuerdo con su misma naturaleza, ya sean Colegios, hospitales, universidades, centros sociales...Y las Congregaciones religiosas, en gran parte, desarrollan su misión, esa tarea evangelizadora, dentro de la Iglesia a través de estas instituciones.

Son pues instrumentos apostólicos caracterizados por el carisma peculiar de cada Congregación. Se refieren por consiguiente a su espiritualidad, a su modo de proceder, a sus objetivos y prioridades definidas en los Capítulos Generales, en sus proyectos apostólicos generales o provinciales.

Necesidad de un cambio

Sin embargo, es necesario admitir que esta situación está exigiendo un cambio muy profundo en los modos de actuar y decidir en tales Instituciones. Se hace casi imposible llevar adelante las obras apostólicas en el modo como lo hemos hecho hasta ahora. La tentación es adentrarse por un camino que a veces se recomienda como el más seguro: dejar las instituciones en manos de grupos no siempre ajenos a la Iglesia o confiarlas a eficaces organizadores y gestores; que o recorren el camino de la “planificación” que bebe de las metodologías seculares de la planificación estratégica o dan una impronta a las obras no en consonancia con el modo de proceder y el carisma de las Congregaciones.

Pero tenemos todo derecho a poner en cuestión que sea este el modo más adecuado para que las Instituciones de la Vida Consagrada planifiquen su futuro. No faltan voces que alertan sobre el sesgo que de ahí se puede derivar para el objetivo exclusivamente apostólico, de misión, de dichas Instituciones y el riesgo de perder lo peculiar del carisma. La planificación u otros modos de orientar las obras aportan lo que le es propio, pero dejan fuera o bien la impronta del carisma y la espiritualidad congregacional o bien algunos elementos espirituales y trascendentes que deben caracterizar una obra con una finalidad evangelizadora. Tenemos que expresar abiertamente que no es suficiente que las Instituciones de la vida religiosa funcionen bien, sean bien gestionadas,

cumplan los objetivos de sus planes estratégicos, sino saber si prestan el servicio evangelizador que es la razón de su existencia, en sintonía con su carisma y espiritualidad originarias.

Que conserve su peculiaridad evangelizadora y del carisma religioso.

Si el Papa Francisco ha insistido en que los religiosos no pueden no ser profetas, es ineludible poner los medios para que sus instituciones no solo sean evangelizadoras, sino que lo sean de un modo profético. Es decir, sean fruto de la escucha del Espíritu. Por tanto el *discernimiento* debería ser ese precioso instrumento que la vida religiosa aplicase a los procesos de cambio a los que nos estamos refiriendo, para descubrir cómo quiere servirse Dios de nuestras Instituciones en este momento de la historia; en esta situación de pobreza de medios, que exige una actitud humilde, personal y colectiva, de conversión y de peregrinos que buscan la voluntad de Dios. Más que procesos administrativos para conseguir eficacia, se necesitan procesos espirituales que nos iluminen el querer de Dios, que será siempre eficacia evangélica.

El discernimiento ayuda para el cambio

No me resisto a no traer aquí un principio que ha expuesto el Papa Francisco en *Evangelii Gaudium* que está en la base del discernimiento: “Darle prioridad al tiempo es ocuparse de iniciar procesos más que de poseer espacios. Se trata de privilegiar las acciones que generan dinamos nuevos e involucran a otras personas y grupos que la desarrollaran...” (EG 223) El Papa nos quiere decir que “poseer espacios” da seguridad y poder de decisión, y permite imponer que se cumplan nuestros deseos y nuestras voluntades; “privilegiar tiempos,” por el contrario, implica dar prioridad a los procesos que se abren a investigar, con paciencia y confianza, el deseo y la voluntad de Dios, que pueden desestabilizar, porque el Espíritu es origen de sorpresas. “Nada de ansiedad, recomienda el Papa, pero sí convicciones claras y tenacidad.” Por otra parte, el discernimiento es la actitud propia de los procesos que buscan, de una espiritualidad de peregrino; la búsqueda y la peregrinación nos deben acompañar siempre porque “no podemos nunca poseer de manera definitiva la voluntad de Dios.” (Manresa, 89, enero 2017, pag 12). Hay que abrirse al horizonte de la evangelización que será con frecuencia mudable, como lo es la cultura y los ambientes sociales en la que deberá encarnarse.

El Papa Francisco ha afirmado en varias ocasiones que “la Iglesia tiene hoy necesidad de crecer en la capacidad de discernimiento espiritual.” (Jesuitas en Polonia, XXXI JMJ, 30 julio 2016) Se entiende bien esta advertencia, en consonancia con su convencimiento de que estamos “no en una época de cambio, sino en un cambio de época.” Incluso ha señalado al discernimiento como el modo para saber dónde y cómo encauzar la “audacia profética” propia de los religiosos. La vida religiosa no solo tiene que discernir dónde estar, a qué periferias salir, sino también cómo estar y cómo salir. No cualquier modo de proceder responde bien a nuestro ser religiosos en la Iglesia y en la sociedad.

No se trata aquí de ofrecer recetas prefabricadas; sino de invitar a la reflexión primero y al discernimiento después. No permanecer donde siempre, o acoger con más o menos entusiasmo, lo que antes se nos ofrece; son las posiciones más cómodas. Esta Jornada, como hemos repetido, pretende en primer lugar dar resonancia a esta llamada al discernimiento, y ofrecer información vivida y compartida, es decir, experimentada, incluso evaluada, para que el discernimiento cuente con las ayudas necesarias para una toma de decisiones bien informadas, pero en el Espíritu. Iniciar procesos de cambio a la luz del Espíritu.

2. La “misión compartida” un proceso evangelizador

Recordemos que desde mediados de los años 80 se viene produciendo una masiva incorporación de los laicos a puestos de responsabilidad en las obras de los religiosos; a veces unida a una motivación de raíz religiosa y eventualmente también a la espiritualidad de la Congregación correspondiente. Esta *historia* no es únicamente un proceso inexorable. A mi entender, esa *historia* –en la que confluyen dudas, desencuentros, problemas identitarios, circunstancias apremiantes, decisiones no compartidas– está cruzada del impulso del Espíritu del Vaticano II. Todavía, para algunos, no existe sino la constatación de que este proceso se ha producido por fuerza mayor: disminución vocacional. Para la mayoría, sin embargo, esta historia tiene una *intrahistoria* que explica la historia desde una perspectiva mayor y más profunda que la inercia invencible y fatal de la dinámica institucional.

Habría que confesar, sin embargo, de parte de la Vida Religiosa, que se vivió un tiempo en que no se fue sensible a la real alteridad del laicado. Se partía de que, en el fondo, *todo consistía en cómo sustituir a los religiosos por los laicos* para llevar adelante la Misión. Pero este período y estas actitudes y modos de pensar se pueden dar por canceladas, no tienen ni fuerza ni marcan tendencias. La “misión compartida” ha ido entrando en la realidad y en el lenguaje de la vida religiosa y de la misma Iglesia. Y constatamos que entra más como una evidencia que como un problema; y ha sido incorporado en diversos Institutos religiosos a sus reflexiones, reestructuraciones, práctica diaria e incluso a sus textos legislativos.

Profundizamos a continuación en su realidad y en sus fundamentos.

La vocación: raíz de la “misión compartida”

El itinerario que recorreremos hoy nos evocará el peregrinar de nuestras vidas y quisiéramos que fuera un motivo para revivir la conciencia de que Dios tiene un plan concreto para la vida de cada persona, una vocación, y que hay que descubrirla. Toda la vida es vocación; vocación de un Dios que nos llamó a la existencia para hacernos partícipes de su vida divina. La vida de unos hombres y mujeres, laicos y religiosos, entendida como llamada, como vocación de creaturas, pero que en un momento posterior han sido convocados por el bautismo a una vocación de “discípulos misioneros” de Jesucristo en la Iglesia para el mundo. Aquí se enraíza la “misión compartida;” nace del don gratuito de una vocación, de la experiencia que cada uno ha tenido de sentirse amado y elegido, y en consecuencia enviado. No hay elección sin envío; no hay vocación sin misión. Laicos y religiosos que responden a esa llamada acogiendo el envío de Jesucristo desde la fuerza de su consagración bautismal y del compromiso de su especial consagración carismática.

Llamados y enviados “juntos”

La novedad está en que ambas vocaciones y ambos envíos se llevan a cabo “juntos” compartiendo carisma y espiritualidad. Y entonces podemos hablar de “misión compartida,” como solemos hacer desde hace ya bastantes años. Religiosos y laicos que comparten un mismo carisma y que de una manera u otra viven su fe desde una misma espiritualidad; con parecidas sensibilidades, afrontan e interpretan juntos la evangelización en diversos ámbitos. Así lo reconocía el Papa San Juan Pablo II, hace veinte años: “no pocos Institutos han llegado a la convicción de que su carisma puede ser compartido con los laicos. Estos son invitados por tanto, a participar de manera más intensa en la espiritualidad y en la misión del Instituto mismo.” (VC 54)

Con qué especificidad

Pero para no pocas Congregaciones religiosas, en los primeros momentos de iniciar un proceso de misión compartida, no faltará la pregunta ¿Qué *especificidad* mantiene el religioso/ la religiosa en una Misión compartida con laicos, una vez que se acepta el denominador común de una espiritualidad y un carisma congregacional de base? Idéntica pregunta se formulan también los laicos que van dando pasos en la participación de este carisma y espiritualidad ¿será diluida su especificidad laical?

Desde la misión vendrá la respuesta a estos válidos y casi necesarios interrogantes. En la evangelización convergen, la especificidad de la participación del laicado y la especificidad de la vida consagrada. Por eso la misión es espacio de diversidad y complementariedad misionera. El Concilio afirma que “en la Iglesia hay variedad de ministerios, pero unidad de misión”. Ambos, laicos y religiosos, con su diversa especificidad, sin diluirse una en la otra, participan de la única misión eclesial: anunciar a Jesucristo, evangelizar. Los laicos la viven en las tareas profesionales de las instituciones educativas, sociales, sanitarias etc. de las diversas familias carismáticas y alimentan su fe en su espiritualidad y carisma. Los religiosos la viven desde su vocación de especial consagración.

Con el tiempo se ha ido comprendiendo que “misión compartida” es ante todo y en primer lugar, una toma de conciencia eclesial sobre el laicado y una conciencia *mayor y nueva* de la misión; ambas cosas nos abocarán a comprendernos y descubrirnos, religiosos y laicos, *en una mayor y nueva colaboración intraeclesial*.

Así lo expresaba en el 2007, la Congregación para la Educación Católica en un documento cuyo título no puede ser más claro: “*Educar juntos en la escuela católica. Misión compartida de personas consagradas y fieles laicos.*” Dice entre otras cosas: “El poder compartir la misma misión educativa en la pluralidad de personas, de vocaciones y de estados de vida es, sin duda, un aspecto importante de la escuela católica en *su participación en la dinámica misionera de la Iglesia* y en la apertura de la comunión eclesial hacia el mundo. En esta óptica, una primera y preciosa aportación viene dada por la comunión entre laicos y religiosos en la escuela.”

Participación en la misión de la Iglesia horizonte de la misión compartida

Quisiera rescatar de este párrafo la afirmación: “*Una participación en la dinámica misionera de la Iglesia.*” Este no es la raíz sino el horizonte de la “misión compartida;” su por qué y para qué. Realizar la vocación y misión común de “*discípulos misioneros*” de laicos y religiosos. La “misión compartida” hay que llegar a entenderla y vivirla, pues, como un proceso evangelizador. Laicos y religiosos participando, desde sus respectivas vocaciones, en la tarea esencial de la Iglesia, colaborando a la razón de ser de su existencia misma.

Vamos descubriendo que en la triada que constituyen Vida Religiosa, laicado y Misión, hay un punto de convocación y de mayor peso que es la *Misión*. Lo importante es ella. Y sólo desde la Misión comprendemos el lugar que ocupan o deberían ocupar religiosos y laicos. A la Misión llega cada uno con su propia especificidad. Esto implica que el tema no está tanto en animar a los laicos a que *sustituyan* a los religiosos, sino en ayudarnos mutuamente a comprender la Misión que nos hace comunes, no iguales. La Misión es propuesta conjunta, tarea para todos, punto de encuentro para diferentes carismas e instituciones eclesiales. La Misión no uniformiza, sí convoca. No somos sólo *nosotros*, los religiosos/as. También son *ellos*, los laicos quienes llevan adelante una Misión

que *puede ser compartida*. Porque, en definitiva se trata de ser todos colaboradores, desde las diversas especificidades, de la única Misión, la de Cristo, a la que la Iglesia nos convoca.

*Una historia no lineal
y un impulso del Espíritu.*

Es oportuno recordar en este momento, algunos elementos que pueden asegurar la buena dirección del proceso de misión compartida; sin ellos, a nuestro entender, se puede embocar un camino que, con la ambigüedad de un lenguaje aparentemente apropiado, no lleva a lo fundamental y se queda en la pura apariencia.

Somos conscientes y hay que hacer memoria de ello, de que estamos ante una historia, en cuyo recorrido, como hemos apuntado más arriba, no han faltado desconfianzas e interpretaciones diversas, pero que en estos momentos somos invitados a transitarla con confianza y decisión, conscientes de que requiere exigencias no siempre fáciles, que implican a laicos y a religiosos. No es un proceso de simple “sustitución” de religiosos por laicos en las Instituciones apostólicas, ni siquiera la de una mera “colaboración,” ayuda o cooperación, o un desinteresado servicio de “voluntariado”. Se trata, repitámoslo una vez más, de una vida cristiana que se siente llamada a comprometerse en la Iglesia en un proyecto evangelizador, nacido de una experiencia carismática, como son las congregaciones religiosas; las cuales abren su propio carisma y espiritualidad para compartirlo, y se haga así posible la misión.

Pero este proceso también está invadido por el impulso del Espíritu, que nace en el Concilio, que reconoce como una gracia de nuestro tiempo y una esperanza para el futuro, el que los laicos “tomen parte activa, consciente y responsable de la misión de la Iglesia.”(ChL 3) Una historia que muestra cómo la vida religiosa está colaborando de una manera decisiva a que se haga realidad en la Iglesia este deseo del Concilio, al que le falta aún camino que recorrer. El Papa Francisco en la Exhortación *Evangelii gaudium* considera todavía hoy, el tema de los laicos, un desafío eclesial. “Ha crecido la conciencia de la identidad y la misión del laico en la Iglesia. ...Se cuenta con un numeroso laicado, ...Pero la toma de conciencia de esta responsabilidad laical que nace del Bautismo y de la confirmación no se manifiesta de la misma manera en todas partes. En algunos casos porque no se formaron para asumir responsabilidades importantes, en otros por no encontrar espacio en sus iglesias particulares para poder expresarse y actuar, a raíz de un excesivo clericalismo.” (EG 102)

3. La misión compartida un proceso de comunión eclesial.

La misión se despliega en “comunión”

Pero además existe otro punto, posiblemente tan sensible como el anterior; estamos inmersos en un modo –si no nuevo, sí al menos distinto respecto a décadas todavía próximas a nosotros– de concebir la misión, y en su tanto, la praxis evangelizadora/pastoral. El modo nuevo nace de la conciencia de que en el mismo *corazón de la Misión* oímos a un Cristo que, para transformar este mundo, *convoca* a muchos actores. La Misión tiene en sí, muy dentro, en *su corazón*, la necesidad de desplegarse en “comunión.” No es necesidad de segundo orden. Es necesidad vital. En comunión, compartiendo, colaborando, aunando sinergias. La Misión no sólo es más eficaz, sencillamente es *más* Misión cuando se concibe como exigencia de la comunión. No se trata de una nueva identidad, sino de un aliento que puede hacer crecer y potenciar otras identidades eclesiales

en sintonía espiritual y apostólica. Nosotros nos referimos de manera particular a laicos y religiosos compartiendo en comunión “carisma” y “espiritualidad,” para avanzar en la misión.

La misión compartida en una Iglesia comunión

La misión compartida tiene su sentido más profundo en la concepción de la Iglesia como comunión. Quizás sea ella la realidad y el concepto más integrador de todos los elementos que la componen; y a la vez, la que refleje mejor lo que significa y hace posible que laicos y religiosos, dos componentes del Pueblo de Dios, compartan misión.

A partir del Vaticano II la Iglesia ha sido definida como comunión. Una “comunión con Dios por Jesucristo en el Espíritu” (Cfr Sínodo de Obispos de 1985). La Trinidad se presenta, pues, como el origen de toda comunión y como un modelo último en la Iglesia.

Así las relaciones entre todos los componentes de la Iglesia, jerarquía, religiosos y laicos tienen su fundamento no solo doctrinal, sino espiritual y práctico en esta concepción conciliar de la Iglesia. Más aún, será siempre el modo más eficaz de ayudar a ir más allá de los aspectos meramente jurídicos de las relaciones; a mantener y crecer una comunión afectiva y efectiva entre todos los que forman la Iglesia de Jesucristo; a avanzar en una verdadera sinergia entre los distintos ministerios y carismas que el Espíritu suscita en su Iglesia. Todos tienen el mismo origen: el Espíritu, y el mismo fin: edificar la iglesia, evangelizar.

La comunión no es uniformidad

La diversidad de los carismas, contemplados como dones del Espíritu, enriquece a la Iglesia y favorecen, desde sus peculiaridades de vida y misión, a que realice su razón de ser: evangelizar. Ya el Papa Juan Pablo II había afirmado “que la unidad de la Iglesia no es uniformidad sino integración orgánica de las legítimas diversidades.” (NMI 46) En la misión compartida la comunión hace posible el compartir, sin unificar ni diluir, los carismas y la espiritualidad de las familias religiosas; sin confundir la especificidad de los laicos y los religiosos. Se integran en esta matriz de la comunión eclesial que es espacio de armonía, de reciprocidad y complementariedad en las diferencias.

El Papa Francisco en la homilía del domingo de Pentecostés (19 mayo 2013) afirmaba: “El Espíritu Santo, aparentemente crea desorden en la Iglesia, porque produce diversidad de carismas, de dones; sin embargo, bajo su acción, todo esto es una gran riqueza, porque el Espíritu Santo es el Espíritu de unidad, que no significa uniformidad, sino reconducir todo a la *armonía...*”

La comunión: un encuentro con el “otro.”

La comunión exige salir de nosotros para ir al encuentro de los otros, dejar a los demás espacio en nuestro interior, para comprenderles y poder dialogar; situarnos a sus pies para servir, pues no se sirve desde arriba, sino entrando en la escuela de Jesús. Porque no pretendemos una “comunión,” si se me permite la expresión, “políticamente correcta,” que se confunde con palabras correctas, o la buena educación. Se trata de una comunión que sea un fruto del Espíritu; de aquel que crea a la vez la diversidad y la armonía.

Esta comunión eclesial por su misma naturaleza, ser imagen de la comunión trinitaria, tiene su sentido primero y fundamental en el encuentro entre las personas que encarnan las distintas vocaciones y carismas que se complementan y relacionan en la misión eclesial. En la comunión hay

que dar, pues, prioridad a la comunicación y al encuentro interpersonal sobre la función de las personas.

Así los laicos y los religiosos en la misión compartida no solo se reconocen juntos en el marco de las planificaciones o en el desarrollo de la misión. El compartir que expresa la comunión es algo más: es también un entretelado de afectos que favorece una mutua confianza, al estilo de los discípulos de Jesús que vivieron una aventura divina, pero también humana, donde compartieron vida y amistad. La misión compartida no es solo trabajo, sino también relación personal, no solo palabras sino silencio y oración, no solo acción sino también contemplación. Es necesario cultivar el estar juntos sin agendas, sin proyectos, sin planes concretos. La familia de los laicos y la comunidad de los religiosos no puede quedarse fuera del compartir la misión. Se camina juntos y se alimentan de una misma fuente que se les ha concedido gratuitamente: el carisma congregacional que fortalece la fe y da sentido a la misión, que se vive en la comunión eclesial.

Esta comunión vivida en el compartir laicos y religiosos, carisma, espiritualidad, misión y vida deberán crear, en palabras de *Evangelii gaudium*: “espacios motivadores y sanadores donde regenerar la propia fe en Jesús crucificado y resucitado, donde compartir las propias preguntas más profundas y las preocupaciones cotidianas, donde discernir en profundidad con criterios evangélicos sobre la propia existencia y experiencia...” (EG 77)

Por tanto, estas relaciones personales en la comunión, como reflejo de las relaciones trinitarias, deben ser expresión de una forma de ser y de vivir, suponen y exige una verdadera ascesis y una actitud de conversión constante, una espiritualidad de la comunión que promueve un modo de pensar, decir y obrar, que hace crecer la Iglesia en hondura y en extensión. (VC 46) San Juan Pablo II que ha desarrollado esta espiritualidad de comunión, la hace “principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades.”(NMI)

Una comunión misionera

“Favorecer la misión”: he aquí el motivo fundamental que debería alentar toda iniciativa y todo esfuerzo para fomentar la comunión eclesial entre los diversos componentes del Pueblo de Dios. La clave para promocionar la “misión compartida” no es otra que favorecer la evangelización, como hemos mostrado ampliamente en la segunda parte. La comunión eclesial es esencialmente misionera; “favorecer la misión”; “evangelizar”, la razón de ser de la Iglesia, que repite tanto el Papa Francisco: “la dulce y confortadora alegría de evangelizar.” (EG 10) Porque hay algo que está por encima de todos los miembros que formamos la Iglesia: la misión que el Señor le ha confiado. Un encargo que tiene que hacerse realidad hoy en una situación de verdadera *emergencia de fe*.

La “misión compartida” ensancha las relaciones en la comunión.

Sabemos bien que la “misión compartida” no es una estrategia, sino un modo de ser y actuar en comunión. Más aún, como hemos dicho, está significando una toma de conciencia eclesial sobre el laicado y una conciencia mayor y nueva de la misión; ambas cosas nos abocan a comprendernos y descubrirnos en una mayor y nueva colaboración en la comunión eclesial; no son solo jerarquía y religiosos los que se relacionan, sino jerarquía, religiosos y laicos en estrecha comunión misionera. Evidentemente que las relaciones se hacen más complejas, pero no se podrán simplificar eludiendo o minusvalorando la presencia activa de estas vocaciones laicales compartiendo misión con los religiosos.

Se abre aquí una perspectiva nueva que ensancha las relaciones en la comunión, que puede contribuir “a presentar una imagen más articulada y completa de la Iglesia.” (VC 54) Desde ya, no será posible en las Iglesias particulares hablar y gestionar las relaciones solo entre obispos y religiosos; la presencia de los religiosos en los ámbitos evangelizadores de las iglesias locales no se puede entender sin tener en cuenta a los laicos que comparten con ellos carisma y espiritualidad en orden a una más eficaz comunión misionera.

Conclusión

La Iglesia vive tiempos de gozo y esperanza, a la vez que de grandes desafíos misioneros. Desde el primer día de su pontificado el Papa Francisco está expresando el deseo de “una Iglesia que encuentra caminos nuevos” de evangelización, de “salir de sí” a las periferias geográficas y existenciales de la humanidad y a vivir y desarrollar la cultura del encuentro; para ello invita a todas las comunidades cristianas, por tanto a obispos, presbíteros, religiosos y laicos en ellas, a “poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera” (EG 25)

Acoger esta invitación del Papa con corazón generoso y sin restricción alguna, nos lleva a religiosos y laicos, a situarnos en una actitud de sincera búsqueda de la voluntad de Dios sobre nuestras Instituciones, a profundizar en la “misión compartida” como una respuesta cada vez más consolidada, a la situación de nuestras Instituciones que requieren cambios en profundidad que les permitan continuar cumpliendo su función carismática: evangelizar. Una alternativa que pide revitalizar la vocación bautismal y la vocación de especial consagración y que tiene como horizonte un proceso evangelizador en la comunión eclesial. En definitiva se nos pide a todos escuchar una llamada apremiante a una sincera conversión del corazón y de la mente para cambiar lo que impida o estorbe emprender procesos que lleven a consolidar misión compartida en una *comunión misionera*.

Elías Royón, sj.